



ODAS DE HORACIO



Nuevas traducciones

DEDICADAS A

DON MARCELINO MENÉNDEZ y PELAYO

IV

A la nave que conduce a Virgilio

(Lib. I. Oda III)

Sic te, diva...

Surge, gallarda nave,
y por la mar tendida á toda vela
hiende las verdes ondas.

Venus y los gemelos
de Helena hermanos, tu camino allanen
con sus celestes luces.
El gran padre Neptuno, en tanto, oprima
los furibundos Vientos,
y mande al manso Yápigo

que blandamente empuje
tu blanco lino y redondeada popa.
Así séate dado
salvo llevar hasta el confín de Aténas
y salvo devolvernos á Virgilio.
¡Ah, retórnalo en breve
que es la mejor mitad del alma mía!

De roble duro, en triplicado bronce
barreado, tuvo el pecho
quien primero á la mar en leño leve
se confió temerario.
Fué en busca del peligro
sin cuidarse del Ábrego impetuoso;
sin temer á los fieros
furiosos, encontrados Aquilones;
ni á las pluviosas Híades;
ni á la saña del Noto, enseñoreado
de las ondas adriáticas volubles,
á su querer sumisas.

¿Cuál linaje de muerte
temerá aquel que con serenos ojos
vió los monstruos marinos,
y de Ceraunia desafió las costas
por las ondas revueltas azotadas?

En vano alto designio
entre los extendidos continentes
derramó el Oceano.
¡Las naves al abismo se atrevieron!

Audaz la estirpe humana
busca lo ignoto, lo vedado ansía,
y sin temor procede:
Prometeo atrevido, para el hombre
roba la lumbre al cielo,

y al par del don sacrilego, la tierra
plagan pestes y males,
antes nunca llorados ni sabidos.

La Muerte misma, lenta y perezosa
en tiempos más sencillos,
aceleró su paso
y á los vivientes cercenó sus días.

Ensayá al aire leve
Dédalo experto sus postizas alas,
no al hombre concedidas;
y Hércules fuerte el Aqueronte doma.

El hondo mar, los aires,
el pavoroso Averno, nada es arduo
al inquieto valor de los mortales;
¡nada... ni el cielo mismo!
No hay barrera á su audacia;
no hay crimen que no intenten!
¡El hombre es quien provoca
el rayo vengador del alto Jove!

¡Oh, nave que á Virgilio
con manso viento por los mares llevas,
no provoques el rayo
y navega feliz á toda vela!

A Pirra

(Lib. I. Oda V)

Quis multa gracilis...

¿Quién es aquel mancebo que te estrecha
bajo el dosel de tu rosal pimpleo,
y á quien tú, luces con sonrisa y arte
el oro tentador de tus cabellos?

Ah! cuántas veces llorará el engaño
de tus labios purpúreos!... Inexperto
se arroja al mar do van á sorprenderle
vientos que empujan nubarrones negros.

Cándido, Pirra, de tu voz pendiente,
cree que por siempre gozará tu afecto!...
¡Mucho en las brisas engañosas fia,
quien ya se cree de tus encantos dueño!...

En cuanto a mí, voy libre! Por ex-voto
del dios Neptuno en los altares cuelgo
los húmedos vestidos del naufragio,
y escarmentado de la mar me alejo!

Ad Republicam

ALEGORÍA

(Lib. I. Oda XIV)

O navis, referent...

¿Dónde te engolfas otra vez, O Nave?
¡Vuelve la prora al abrigado puerto!
¿No ves que tus costados
escasos van de remos?

Ya en alta mar te miro combatida
por los vientos en noche temerosa,
con el abismo en lucha,
desmantelada y sola.

Tu arboladura el ábrego doblega
y las antenas gimen; ya sin jarcias,
mal cortará tu quilla
las impetuosas aguas.

Tus velas vuelan rotas, vas deshecha,
y aunque nacida de los nobles pinos
del Ponto, no los dioses
te prestarán auxilio.

Ni en sus efigies tutelares fía
ya tu piloto, de presagios lleno!...
¡Guarte, guarte, no seas
juguete de los vientos!

Única causa ayer de mis desvelos
y hoy de mis votos, mis acentos oye:
cúidate de las Cíclades;
¡temo que allí zozobres!

Sus rasantes escollos relucientes
do rompe y se difunde el oleaje,
evita a toda costa,
evítalos, ¡O Nave!

A Fusco

(Lib. I. Oda XXII)

Integer vite...

I

¿De qué le sirven al varón justo de amor armado,
lanza morisca, ni arco ni flechas envenenadas,
sea que cruce de Libia ardiente los arenales,
sea que escale las altas cumbres de Mauritania?

Ayer paseaba tranquilo, inerme, por la floresta
cantando á Lelia, cuando á mi paso feroz alzóse
un lobo, y fué!.. Nunca tal fiera se vió en la Daunia,
ni allá en Numidia, la engendradora de los leones.

II

Ya ves, oh Fusco, que nada temo, ni armas me faltan;
 en mi conciencia de amor vestida, tengo un escudo:
 ponme en los campos donde los cierzos secan las plantas,
 do todo es noche, niebla y ventiscas, al fin del mundo.

Ponme do Febo vierte calores insoportables,
 donde la vida ya no es posible... ¡Será mi cielo!
 Mientras que Lelia dulce sonría para mí solo,
 do quiera, Fusco, yo hallaré gloria, paz y contento!

A Cloe

(Lib. I. Oda XXIII)

Vitas hinnulo...

La cervatilla tímida
 tras de la madre corre,
 perdida y asustada,
 por el frondoso bosque:
 así, si yo te busco,
 tú, te me alejas, Cloe.

La espantan los lagartos,
 tiembla si cruje el roble,
 tras de la cierva gime,
 la alcanza y se le acoge:
 así haces tú conmigo,
 si yo te llamo, Cloe.

¿Soy tigre hambriento, acaso?
 ¿temes que te devorc?
 Si eso no piensas, niña,
 ¿por qué temblar, entonces?
 Aguárdame y escucha,
 que quiero hablarte, Cloe.

Ya estás en la edad núbil,
la edad de los amores,
suelta el materno seno,
busca un gallardo joven....
¡De que las rosas abran
llegó la hora, Cloe!

A Venus

(Lib. I. Oda XXX)

O Venus.

Reina de Gnido y Pafos,
¡oh Venus Cíterea!
deja tu cíprea concha
y ven a do Glicera,

en su pequeño templo
incienso ya te quema,
te invoca enamorada
y adoración te ofrenda.

Contigo venga el niño
de las temibles flechas,
y síganle las Ninfas
para alegrar la fiesta.

Las Gracias desceñidas
lleguen también; con ellas
Juvencia, fresca y grata
como una aurora, venga.

Y, el índice en los labios,
Mercurio esté á la puerta,
velando los misterios
de la feliz Glicera.

A la Lira

(Lib. I. Oda XXXII)

Poscimus. Si quid

¡Versos, oh Lira! Si á la sombra muelle
sones sencillos me enseñaste, ahora
haz que en mi mano tus latinas cuerdas
triunfen del tiempo!

Himnos dictaste enamorada á Alceo
entre el estruendo de las armas, himnos
cuando amarraba á la sonante orilla
su húmeda barca.

Como él á Baco y á la Musa, á Venus
y al niño alado que sus pasos sigue,
como él á Febo que la luz nos manda
haz que yo cante.

¡Gloria de Apolo, del Olimpo gloria,
Lira celeste, de mi vida encanto,
Siempre que el rito al invocarte cumpla,
séme propicia!

Ad puerum

(Lib. I. Oda XXXVIII)

Persicos odi, puer,

Niño, detesto el artificio persa;
no las coronas que entrelazan fibras
quiero, ni busques para mí las frescas
rosas tardías.

Nada le agregues al humilde mirto:
bien que nos sienta su sencilla rama,
á mí si bebo so la parra umbría,
á tí si escancias.

A Licinio

(Lib. II. Oda X)

Rectius vives.

Vida más grata gozarás, Licinio,
si no te internas en la mar, si cauto
evitas los escollos costaneros,
de la playa alejado.

Quien más que el oro estime la mediana
vida modesta y sobria, ese no quiera
del avaro el tugurio, ni el palacio
do habita la soberbia.

Al pino más enhiesto más sacude
el viento airado; las erguidas torres
más en peligro están; el rayo hiere
mejor los altos montes.

Teme dichoso;—desgraciado, espera;
á todo evento el ánimo prepara:
si Jove airado la tormenta enciende,
Jove mismo la apaga.

Lo que es oscuro iluminarse suele:
Apolo el arco deja y con su lira
despierta el numen en el pecho humano
y el dulce canto inspira.

Ánimo muestra en el adverso caso
y tino en la fortuna: si tu vela
hincha excesivo, favorable viento,
¡amaina, no te pierdas!

A Póstumo

(Lib. II. Oda XIV)

Eheu! fugaces Postume, Postume.

¡Ej-ay! Póstumo, Póstumo la vida
Cuán leve pasa! A la vejez rugosa,
á la muerte indomable, no detienen
ni súplicas ni ofrendas!

Ni con triple hecatombe día á día
se aplacará Plutón, sordo á los llantos,
él, que á Ticio y Gerión en la onda mustia
insensible sujeta.

Cuantos la tierra nutre, cruzaremos
en la fúnebre barca el agua estigia,
con los reyes magníficos mezclados
los míseros pastores.

En vano es evitar al cruento Marte,
y del Adriano mar las ondas roncás;
en vano es precaverse contra el Austro
que en el otoño sopla.

Fuerza es ver del Cocyto como ruedan
lentas las aguas, y la raza infame
de Danao, y á Sísifo sufriendo
suplicio inextinguible.

En la tierra, el hogar, la dulce esposa,
todo lo dejarás! De tu amplio huerto
solo el ciprés luctuoso ha de seguirte
al linde de la tumba.

Y luego el heredero, con el céculo
que guardas bajo llave, sin curarse,

el suelo regará, cuando envidiarlo
pudiera el gran Pontífice.

¡Tal es la vida, Póstumo! Lloremos
el breve día que á ponerse nace;
mas dejemos en pos grata memoria,
y obras de bien dejemos.

A Grosfo

(Libro II. Oda XVI)

Otium Divos

Paz, el piloto á los excelsos dioses
pide turbado, si la mar se encrespa,
cuando los astros que su nave guían
cubren las nubes de la mar Egea.

Paz, pide el Trace de lidiar cansado;
Paz, pide el Medo que las armas vela.
¡Dón de los dioses, tu valor no igualan
mantos purpúreos, ni lucentes perlas!

No los lictores, ni el poder del oro
libran al alma de sufrir sus penas;
aún bajo el techo de artesón dorado,
rondan las cuitas, los cuidados velan.

Bien vive aquél que en la apacible mesa
de sus mayores el salero luce,
sin vil codicia ni inquietudes vanas
que su conciencia y su dormir perturben.

¿Y á qué afanarse si la vida es breve?
¿A qué internarse por la tierra extraña,
y por huir de la conciencia propia,
huir los afectos de la dulce patria?

Sigue el dolor de la conciencia al dueño,
salta con él á la galera armada;
vuela á su grupa, si veloz ginete
huye cual lista, perseguida gama.

Vive contento con el bien que alcanzas:
no la inquietud del porvenir te abrume,
lo amargo aparta con prudencia y tino;
dicha perfecta no hallarás, ni busques.

Joven á Aquiles abatió la muerte,
y á otros consume la vejez en vano.
A tí te niegan las volubles Horas
lo que benignas me darán, acaso.

Pacen en torno tus ganados. ¡Miral...
mujen tus vacas de Sicilia, sueltas
triscan las yeguas que á tus carros unces,
y Africa tiñe el múrice que ostentas.

A mí un majuelo me asignó la suerte
donde del vulgo separado, pueda
tañer la lira que enaltece el alma,
la dulce lira de cadencia griega.

Odi profanum vulgus

(Libro III. Oda I)

¡Fuera el vulgo profano! Sacerdote
soy de las Musas: escuchad, vosotros,
los versos nunca oídos, que á las vírgenes
y jóvenes consagro.

Los rebaños humanos mansos tiemblan
delante de sus reyes, y los reyes
se humillan ante Jove, poderoso
domador de gigantes;

Ante ese dios que el universo mueve
á un leve signo del querer supremo!
Hay así entre los hombres gerarquías
del amo-rey al siervo.

Vale aquél por sus campos dilatados;
éstos, por su saber ó por su fama
que aprecio les granjea, y se alzan otros
de gran clientela dueños.

Fiado en su prosapia, á los comicios
tal se presenta en busca de sufragios...
en tanto que el Destino indiferente
á todos los iguala.

A todos inflexible, en vida enyuga
á la ley del morir niveladora:
no hay nombre por excelso que no entre
en la urna aleatoria.

Quien contemple la espada suspendida
sobre la propia frente, ya no gusta
de selectos manjares sicilianos,
que el cuidado le amarga.

Ni el sueño le concilian con su canto
las aves ni la lira, el dulce sueño
que bajo el techo rústico se alberga,
ó en el umbroso Tempe.

Quien sabe humilde conformar sus gustos
á lo poco que tiene, no se inquieta
cuando las ondas de la mar se engrifan
y los vientos se azotan.

No le alarman anuncios ni presajios
sea que Arcturus su fanal apague,
sea que las Cabrillas en oriente
surjan del horizonte.

Ni le afecta el granizo que las viñas
en un momento tala, ni las huertas
en flor cegadas, ni los campos yermos
por el calor ó el frío.

El opulento, en tanto, estrecho siente
el suelo á su ambición, y al mar disputa
con fuerte dique, donde alzar soberbia
una mansión marina.

Mas, no por eso el tedio le abandona:
lo sigue mar adentro en el trirreme,
y lo sigue a la grupa del caballo
en la veloz carrera.

Si del tedio no libran ni los jaspes
que el arte pule, el oro ni la púrpura,
ni los aromas que el Oriente cría,
ni el falerno esquisito;

¿A qué la envidia provocar, alzando
pórticos y columnas portentosas?
¡No trueco mi alquería no envidiada
por el mejor palacio!

Diálogo de Horacio i Lidia

(Lib. III. Oda IX)

Donec gratus eram tibi.

Horacio

Mientras logré agradarte y en mis brazos,
único dueño de tu seno-hermoso,
te retenía con amantes lazos,
más que el rey de los persas fuí dichoso.

Lidia

Mientras tu amor ardía
por Lidia y no por Cloe, y destronada
no me sentí; yo, Lidia celebrada,
muy más feliz vivía
que en los brazos de un dios la bella Ilía.

Horacio

Cloe de mí dispone. Lisonjera
me encanta con su voz y acorde lira.
En mí la rubia tracia dulce impera,
ella mi pecho inspira,
por ella con placer la vida diera!

Lidia

Yo en igual fuego me consumo ahora
por Calais el griego, y él me adora.
¡Ah, por él yo daría,
una vez y otra vez la vida mía!

Horacio

¿Si al viejo yugo Vénus nos trajera
y si otra vez brillara
nuestra llama primera?
¿Si yo á Cloe la puerta señalara
y si á Lidia los brazos le tendiera?

Lidia

Calais es más hermoso
que el sol naciente; tú, más velcioso
que el viento pasajero,
y más que el mar Adriático sañoso;
¡y así, yo te prefiero,
y vivir y morir contigo quiero!

A la Fuente de Blandusia

(Lib. III. Oda XIII.)

O fons!

¡Oh, Fuente cristalina de Blandusia
digna del canto y libación sagrada,
un cabritillo de nacientes cuernos
te ofrendaré mañana!

En él recién despiertan pasajeros
los ímpetus lascivos de su casta,
y en tus gélidas aguas va á extinguirse
su roja sangre cálida!

Del sol canicular los dardos fieros
á tí no llegan; rumorosa y plácida
frescor al toro fatigado ofreces
y á las inquietas cabras.

Libre también de la calor estiva
y á tu sombra tendido, Fuente mansa,
cantaré al son de las templadas cuerdas
tu amenidad preciada.

Cantaré de la encina que en tu cuenca
próspera crece, y de las ondas claras
que viertes vocinglera; y tú, famosa
serás y celebrada.

Al Fauno

(Lib. III. Oda XVIII.)

Faune, Nimpharum,

Tú, que las Ninfas con ardor persigues
Fauno amoroso, cuando el sol desmaye
llega á mis línas, y las crías nuevas
mira y no toques.

Año tras año mi mejor cabrito
fiel te consagro, y abundante el mosto
en la ancha copa dedicada á Vénus
rueda en la fiesta.

Leve, zahumando tus vetustas aras,
sube el incienso, y en campestres coros
aves y niños con aladas voces
¡Salve! te cantan.

Cuando tus Nonas de Diciembre apuntan,
campos y alcores á la par se alegran:
danzan las jentes y en el llano herboso
trisca el ganado.

Simple y gozoso el labrador al verte
hiere la tierra en cadencioso giro,
tierra infecunda que ablandó su arado,
fértil ahora.

Cerca del lobo el corderillo errante
pasa inocente, los ociosos bueyes
rumian echados, y en tu honor sus ramas
bate la selva.

A Lolio

(Libro IV. Oda IX)

Ne forte credas...

I

Estos versos, oh Lolio, de la lira
que oyó el Ofanto en su feraz ribera,
no morirán; sus lésbicos acentos
escucharán los siglos.

Homero, el más famoso entre los grandes
nobles poetas que la tierra alumbran,
tiene á su lado á Alceo y á Estesícoro,
á Píndaro y Simónides.

De Anacréonte el delicado giro
burla á los tiempos, y la ardiente Safo
el fuego de su amor inextinguible
en sus versos palpaga.

No es Helena la única hermosura
á su raptor funesta y á su patria;
ni fué la ilustre, la vencida Troya
sólo una vez cercada.

Ni Teucro fué el primero su sagita
en lanzar á los aires voladora;
ni Idomneo, en los combates grande,
el único laureado.

Antes de Aquéles paladines hubo,
antes de Agamenón, otros caudillos,
y tuvo Olimpia vencedores antes
que Píndaro epinicios.

A esos héroes anónimos hoy día
nadie los glorifica ni los llora,
el silencio en su tumba es el olvido,
nivelador injusto.

En la sombra esos grandes se perdieron
faltos del plectro y de las cuerdas de oro
que dieran á sus glorias resonancia
y alas á su renombre.

II

¡No ha de faltarte, Oh Lolio, tu poeta!
Tú serás en mis versos celebrado,

y tu memoria el velo del olvido
rasgará victoriosa.

Cantaré tu virtud, para tu gloria;
diré al mundo tus prendas, y veránte
gran Cónsul, magistrado incorruptible
de la justicia espejo.

Insensible al halago y la amenaza,
despreciador del oro y los favores,
fué lo recto tu norma, y tus deberes
cumpliste sin tardanza.

En la fortuna próspera ó adversa
tu alma fué siempre igual, serena siempre;
del débil fuerte escudo, no á los grandes,
Lolio, aduló tu lengua.

Severo has sido á la maldad y el crimen,
freno á la usura y sórdida avaricia,
y siempre abierto á sentimientos nobles
que el ánimo enaltecen.

Por entre la cuadrilla corruptora
de viles corrompidos, tú paseas
pura y sin mancha la virtud altiva
que sus dones rechaza.

¿Es, acaso, el más rico el más dichoso?
Nó: lo es aquel que en su pobreza sabe
hallar contento, y, resignado y digno,
al dolor no se rinde.

Aquel que teme deshonorar su nombre
más que morir, y que la muerte aguarda
sonriendo, y, grande, el sacrificio acepta
en aras de la Patria.

A Neóbulo

(Lib. III, Oda XII)

Miserarum est.

Desgraciada la niña á quien la lengua
de su tutor fustiga y amenaza,
prohibiéndole el amar, y que á la amiga
su triste pecho le abra.

Eso te pasa a tí; pero Cupido
de Hebro al oído te habla,
y tú, pensando en él, de tus labores
distraida te apartas.

Hebro, el apuesto, al gran Belerofonte
jinete en su corcel, acaso iguala;
es púgil sin rival, y en la carrera
nadie veloz le alcanza.

Contra los ciervos su certera flecha
por la llanura silvadora lanza,
y al jabalí cerdoso acosa intrépido
en l'áspera montaña.

Atleta vencedor en la palestra,
ungido aún, entre las ondas baña
del padre Tíber sus robustos hombros,
cual un dios de sus aguas.

Neóbulo lo contempla, y luego siente
que más el pecho enamorado inflama
la prohibición de amar, y alas le nacen
de nuevo á su esperanza.

A Vénus

(Lib. III. Oda XXVI)

Vixi puellis.

Un tiempo fué de gloria y ufanía,
mi pie la danza juvenil movía
y era mi encanto el ceguezuelo Amor.

¡Hoy, cuán distinto!... El astro de la tarde
brillante á la mañana, apénas arde
y declina, ¡oh, dolor!

Marina Vénus, á tus pies postrado,
mis inútiles armas he dejado
sobre tu ilustre, frecuentado altar.

Junto con ellas mi callada lira
y los trofeos que no di á la pira,
colgados quedarán.

Diosa, que escuchas votos y loores
do quier que hay rosas, juventud y amores,
vengo á pedirte el postrimer favor:

A Cloe hiera tu potente mano,
y haz que se cambie su rigor tirano
en caricia de amor!

A Melpémene

(Lib. III. Oda XXX)

Exegi monumentum.

Más que el bronce en lo durable,
he erigido un monumento:
más alto que las Pirámides,
más sólido que ese asiento
de la soberbia imperial.

No las lluvias destructoras,
ni los fieros aquilones,

ni el tiempo de alas potentes,
ni las bárbaras naciones
lograránlo derribar.

Cuando la Parca me hiera,
de mi sér la mejor parte
la Fama alzará á los cielos,
y el esplendor de mi arte
mi frente iluminará.

A través de las edades,
irá mi gloria creciendo,
irán las generaciones
mi laurel reverdeciendo,
y mis versos cantarán.

Y en tanto que el Gran Pontífice,
de Vesta suba hasta el solio
con sus vírgenes sagradas,
y que dure el Capitolio,
mi nombre no morirá.

Y aunque de origen humilde,
seré noble proclamado,
en los áridos lugares
donde Dauno afortunado
supo con gloria reinar.

Y á orillas del claro Aufido,
que bullicioso descarga
sus aguas dulces, corrientes,
en la mar honda y amarga,
los pueblos todos dirán:

Que á mí el primero fué dado
ajustar á nuestra lira
la grata cadencia cólia,
con que la Musa me inspira
una canción secular.

¡Ó, Melpómene, mi Musa,
tú me diste tanta gloria!
Por tí, infatigable el tiempo,
conservará mi memoria
y mi fama acrecerá.

Tuyo es el mérito, y mía
la suerte de tus favores.
¡Ven, con el lauro de Delfos,
mientras canto tus loores,
ven mi frente á coronar!

A Ligurina

(Lib. IV. Oda X.)

Crudelis adhuc

Tu belleza presuntuosa
vacía te tiene el alma:
descuidas el corazón
por atender á la cara.

Ay! de tí cuando te dejen
los encantos que te halagan,
cuando al contacto del tiempo
se desvanezcan tus gracias;
cuando huyan tus cabellos
que hoy en ondas se desatan,
y tus ojos ya no brillen
á la luz de la esperanza;
cuando marchitarse veas
las rosas de la mañana,
y tu blanca tez se arrugue
y te traicionen las canas.

Entónces, al fiel espejo
le dirás escarmentada:
¡Oh, si hoy fuese como ayer!
¡Oh, si ayer como hoy pensara,
no el dulce Amor á la tarde
me viera desamparada!

La vida del campo

(Lib. V. Oda II.)

Beatus ille.

Feliz quien de léjos los negocios mira
ajeno á la usura y el ánimo en paz,
y su propio campo labra con sus bueyes,
como en otra edad.

Agudos clarines su sueño no rompen,
ni nada le importa del mar el furor;
se aleja del Foro y evita del grande
buscar el favor.

Enlaza gozoso los rubios zarcillos
al álamo verde y vélos trepar:
sus árboles poda y en otros ingiere
la rama frutal.

Gozoso contempla vagar sus ganados
por el hondo valle, y asiste después
puntual á la esquila, y en cántaros nuevos
recoge la miel.

Si llega el Otoño, la hermosa cabeza
ornada de frutos de vario color,
él coge del árbol la pera sabrosa
que él mismo injertó.

Y coge en la parra las uvas purpúreas
y á Silvano y Priápo valas á ofrecer:
al que cuida el linde, y al que siempre atento
vigila el vergel.

Si quiere, á la somhra de robles añosos
sobre el blando césped se va á reposar,
oyendo el murmurio de acequias y fuentes,
que fluyen en paz.

Querellas de amores escucha en la selva,
de mil avecillas el dulce cantar....
De acuerdo las aguas murmuran é invitan
á un grato soñar.

Después, el Invierno con lluvias y nieves
presuroso llega la tierra á invadir,
y él larga sus perros y atrapa al hirsuto,
feroz jabalí.

Cien tordos dañinos sus redes apresan,
y á la liebre lista consigue coger;
la grulla que pasa siguiendo las nubes
cayó.... ¡qué placer!

Con tal pasatiempo ¿quién echa de menos
locos devaneos del amor fugaz?
y más si una esposa gentil y discreta
lo sabe encantar.

Ya sea Sabina, ó ya Calabresa
de tinte bronceado por el padre Sol,
que sepa los hijos guardar y la casa
con tino y amor.

Que sepa al esposo, si vuelve cansado
recibir sonriendo, prendido el hogar;
y sepa á la tarde los bueyes y ovejas
hacer encerrar.

Que así que amanezca las vacas ordeñe,
y saque un gran jarro del viejo tonel
con vino del nuevo, que alegra la lengua
y embarga los pies.

Con orgullo justo presente á la cena
la cosecha propia, que no valen más
ostras y salmones del Lucrinio lago
ni peces del mar.

Antes que faisanes del Asia venidos,
antes que el greciano rico francolín,
amo la accituna de mi propio huerto,
que mía es al fin.

Y las malvas suaves, el apio y romaza
de las salsas buenas á mi paladar,
y el tierno cabrito del lobo escapado
que asándose está.

Encanta comerlo mirando el paisaje,
viendo las ovejas llegar en tropel,
y el bucy fatigado que arrastra el arado
tumbado tras él.

Ya cesa el trabajo, cesó con el día;
la granja está alegre, las gentes de humor...
¡Qué vida tan bella: salud y dulzura,
contento y amor!

Así dijo Alfeo, y aunque es prestamista,
su sueño campestre pensó realizar;
cobró su dinero, y al día siguiente...
volviólo á prestar!

La vida del campo

BIS

(TRADUCCIÓN LITERAL DEL *Beatus Ille* DE HORACIO)

Para Calandrelli.

Dichoso aquel que, extraño á los negocios,
libre de usuras, con sus bueyes labra
la heredad de sus padres, al ejemplo
de las antiguas gentes.

La temerosa trompa no le inquieta,
no tiene que temer mares airadas,
el foro evita y del soberbio prócer
no pisa los umbrales.

Agrádale enlazar en fiel consorcio
la vid adulta al álamo elevado,
y, podando las ramas decadentes,
ingerta otras mejores.

Ora contempla en el profundo valle
sus desparcidas mugidoras greyes,
ora exprime la miel en limpias jarras.
ó sus corderos tunde.

Y, cuando Otoño hiergue la cabeza
de sazonados frutos coronada,
coge la pera que ingertó, gozoso,
y el purpúreo racimo.

Y á tí, Silvano, amparador del linde
Y á tí, Priapo, amigo los ofrenda,
Y él, bajo el roble secular reposa
ó en la grama se tiende.

Las aguas que allí van por hondo cauce,
las aves que en el bosque se querellan,
y las fuentes que manan murmurando
á dormir lo invitan.

Cuando llega el invierno y Jove apresta
lluvias y nieves, numerosos canes
suelta, que al fiero jabalí acosado
contra la trampa empujan.

Ya sus redes sutiles en varillas
tiende al tordo voraz, y ¡con qué agrado
tímidas liebres y viajeras grullas
en sus lazos apresaa!

Quien tales goces prueba, olvida el ansia
del loco amor, y más si al lado tiene
una esposa que atiende casa y prole,
cual la sabina, casta,

y cual tostada apulia, diligente:
que encienda el claro hogar con leña seca,
aguardando al esposo fatigado,
á recibirlo atenta;

que la vacada en el cercado encierre,
y deje escuetas las preñadas ubres;
que el mosto extraiga de la cuba, y sirva
manjares no comprados.

No la concha preciada del Lucrino,
ni los rombos y escaros,—si es que alguno
la tempestad que brama en el Levante
á nuestra playa empuja.—

Ni jonio francolín, ni ave africana,
mi paladar adulan cual la tierna
sabrosa oliva, de su fértil ramo
por mi mano cojida.

Prefiero la romaza de los prados,
la malva suave saludable al cuerpo,
el corderillo de la fiesta, el choto
al lobo arrebatado.

Pláceme en estos rústicos yantares,
ver las ovejas que al aprisco vuelven
corriendo satisfechas, y en seguida
ver los cansados bueyes,

lánguido el cuello y arrastrando apenas
el arado invertido; y el alegre
enjambre de criados ver en torno
del hogar esplendente.

Tal dijo Alfeo, el prestamista, pronto
á hacerse campesino: lo emprestado
recogió por los *idus*; mas de nuevo
en las *calendas* colocarlo quiso...!

Contra Menas, Liberto de Pompeyo

(Epod V.)

Lupis et agnis.

Entre lobo y cordero hay un abismo
de natural antipatía; el mismo
repelente fastidio por tí siento,
esclavo vil, que aún llevas las señales
de los grillos pasados, y en la espalda
del látigo implacable las afrentas.

¡En vano, en vano tu riqueza ostentas
y vas mostrando tu insolente orgullo
por el foro, los templos y las plazas!
¡No te oculta, gusano, tu capullo!

Cuán indignados la cabeza vuelven
para mirarte los que pasan, cuando
con paso grave, cual pavón erguido,
con tu traje talar barres la calle.

Tú crees que ellos te admiran, y ellos dicen
"ese hombre, ese liberto, por sentencia
de los Triunviros mismos fué azotado
hasta agotar la fuerza del verdugo.

De su estado servil quebrantó el yugo
y hoy posee mil yugadas en Falerno,
y viñedos y campos,
y trenes numerosos que abren huella
en las romanas vías.

Caballero es ahora, en el teatro
gusta ostentarse en el mejor asiento
á la par de los viejos senadores,
y así la ley osado desacata
y el público sentir sin miedo ofende.

¿De qué sirve equipar contra el pirata
tantas galeras en costoso empeño,
si *ese*, ese menguado, es el tribuno
que va á mandar la malhadada flota?„
¡Así la lengua popular te azota!

A los romanos

(Libro V. Oda VII)

Quo, quo scelesti.

¿A dónde, fratricidas, desnudas las espadas,
á dónde enceguedidos de nuevo os arrojais?
¿Poca juzgais la sangre latina derramada
por valles y colinas y el anchuroso mar?

Vertida fué en Cartago para humillar, ¡o Roma!
la fuerza y el orgullo de tu infeliz rival;
vertida fué á torrentes cuando al Britano ataste
al carro de tus triunfos con mano de titán.

Mas hoy... ¡cambió la suerte!... ¡Como lo anhela el Parto,
De Roma, Roma misma las venas abrirá!...
Los lobos y leones con superior instinto,
mejores que los hombres se saben respetar!

¿Qué crimen, ó cuál furia, cuál es el númen ciego,
decidme, que os arrastra con cruel fatalidad?
Palidecéis! lo veo: turbada la conciencia
dobláis la frente mudos; no os atrevéis á hablar.

¡Lo veo, sí, lo veo! Fatal nuestro destino
condénanos la sangre de Remo á rescatár:
¡Las bárbaras cuchillas cercenen las gargantas!
¡Herid!... ¡Hermanos vuestros las víctimas serán!

Carmen Saeculare

JORNADA PRIMERA

Coro de niños y doncellas

Febo y Diana, esclarecidos astros,
gloria del cielo: del terrestre culto
oid las preces que en solemne fiesta
Roma os consagra.

Virgenes puras y selectos niños
siguen el rito Sibilino y cantan
en honra vuestra, Tutelares dioses,
himnos sagrados.

Coro de niños

Próvido Sol, de cuyo carro esplende
uno y variado, sin cesar el día,
pnada más grande en tu triunfal carrera
veas que Roma!

Coro de doncellas

Próvida Ilicia, que los partos riges,
oye á las madres en el trance duro;
si Genitalia en su doior te llaman,
Luna serena,

bajo ese nombre de la raza cuida,
y haz que se guarden los edictos sabios
del himeneo, que la extirpe nuestra
dignos protegen.

Ambos coros juntos

Vuelvan de nuevo con el nuevo siglo
coros y danzas: como en esta fiesta,
duren tres días con sus noches, esos
juegos solemnes.

Así las Parcas de infalible augurio,
nuncien á Roma esplendorosos días;
bienes y triunfos que los de hoy superen
honren al siglo.

Cúbrase Italia de abundantes frutos,
pueblen sus campos los rebaños nuevos
y áurea corona de lozana espiga
cíñase á Céres.

Aguas salubres cristalinas corran
crías y plantas á la par nutriendo,
brisas benignas las floridas huertas
blandas agiten.

JORNADA SEGUNDA

Coro de niños

Febo, tus dardos en l'aljaba esconde
y oye las preces del efébio coro.

Coro de doncellas

Luna bicorne, de los cielos reina,
oye á los tuyos!

Ambos coros juntos

Dioses, si os debe su existencia Roma,
si dirijisteis la troyana extirpe
á las riberas de la Etruria, donde
puso sus lares;

Si de Ilrón en la abrasada ruina
fuísteis amparo al fugitivo Eneas,
y aquí le dísteis, en fecundo suelo,
patria más grande:

Dadnos que crezca en la virtud formada
esta surgente juventud latina,
y halle el anciano al declinar la tarde,
honra y descanso.

¡Gloria y honor á la Romulia gente,
raza potente que en el orbe impera!
Dadnos riquezas y robusta prole,
dioses de Roma!

Que el nieto ilustre del troyano Anquises,
sangre de Venus,—quien piadoso os honra
en vuestra aras inmolando hoy día
cien toros blancos,—

sabio nos rija: que anonade al punto
al enemigo contra Roma alzado;
y, á los vencidos y sumisos, sea
blando su yugo.

Coro de niños

Todos le temen en la tierra y mares:
huyen los Partos de sus haces, piden
paz los del Indo, y el Escita al verlo,
manso se inclina.

Coro de doncellas

Bajo su cetro á enaltecernos vuelvan
la Fe, el Honor, la Castidad antigua;
y hoy la Abundancia de su cuerno opimo
frutos derrame.

JORNADA TERCERA

Coro de niños

¡Oh, dios del arco refulgente, Apolo,
luz y delicia de las nueve hermanas,
numen de Delfos, en curar insigne,
danos la fuerza!

Si grato ves tu Palatino templo,
cubre y ampara los paternos lares,
y haz que los siglos al poder del Lacio
parias le rindan.

Coro de doncellas

Diosa á quien honra el Aventino y presta
culto el Algido, nuestras preces oye,
y oye los ruegos que varones justos (1)
hoy te dirigen.

Ambos coros juntos

¡Diana y Apolo nuestra voz escuchan;
Jove los votos del romano acoge!
¡Idos contentos, al hogar llevando
paz y esperanza!

(1) Los *quindecenviros*.

E. DE LA BARRA





INDICE

DE LAS

ODAS DE HORACIO

	PÁGS.
PREFACIO	351
A la nave lib. I. Oda 3.....	361
A Pirra " I. " 5.....	364
Bis.....	365
Ad Republicanam " I. " 14.....	367
A Aristio Fusco " I. " 22.....	370
A Cloe " I. " 23.....	377
A Venus " I. " 25.....	379
A la Lira " I. " 32.....	380
Ad puerum " I. " 38.....	467
A Licinio " II. " 10.....	469
A Póstumo " II. " 14.....	472
A Grosfo " II. " 16.....	477
Elojio de la me- dianía " III. " 1.....	480
Diálogo " III. " 9.....	486
A Neóbule " III. " 12.....	489
A la Fuente " III. " 13.....	491
Al Fauno " III. " 18.....	493
A Venus Marina " III. " 26.....	495
A Melpómene " III. " 30.....	496
A Lolio " IV. " 8.....	597
A Ligurina " IV. " 9.....	602

	PÁGS.
Vita rústica lib. V. Oda 2.....	605
Contra Menas " V. " 4.....	614
A los Romanos " V. " 7.....	616
El Canto Secular.....	618
Apéndices.....	969
A Neóbula, lib. III. Oda 12.....	977
Nuevas traducciones dedicadas á don Marcelino Menéndez y Pelayo.....	989
A la nave que conduce á Virgilio libro I. Oda 3... ..	989
A Pirra lib. I. Oda 5.....	991
Ad Republicam " I. " 14.....	992
A Fusco " I. " 22.....	993
A Cloe " I. " 23.....	994
A Venus " I. " 30.....	995
A la Lira " I. " 32.....	996
Ad puerum " I. " 38.....	996
A Licinio " II. " 10.....	997
A Póstumo " II. " 14.....	998
A Grosfo " II. " 16.....	999
Odi profanum vulgus " III. " 1.....	1000
Diálogo de Horacio y Lidia " III. " 9.....	1002
A la Fuente de Blandusia " III. " 13.....	1004
Al Fauno " III. " 18.....	1004
A Lolio " IV. " 9.....	1005
A Neóbule " III. " 12.....	1008
A Venus " III. " 26.....	1009
A Melpómene " III. " 30.....	1009
A Ligurina " IV. " 10.....	1011
La vida del campo.....	1012
Bis.....	1014
Contra Menas, liberto de Pompeyo, Epod. V.....	1017
A los romanos, lib. V, Oda 7.....	1018
Carmen Saeculare.....	1019

